

Estados Unidos. Ustedes han conocido que como pueblo colombiano experimentamos una guerra civil por más de sesenta años de la cual estamos buscando salir y construir nuevas maneras de convivencia y saben que el actual gobierno no ha seguido esa voluntad de construcción de paz. Un año después de iniciar este gobierno, las bandas criminales que pretendieron combatir a las guerrillas están amenazando y asesinando la vida de excombatientes que firmaron el acuerdo de paz y a líderes sociales que protegen los territorios, los ríos, los bosques tropicales y la vida de sus comunidades; estos hechos nos llevan a entender que el camino de la paz es oscuro, largo y muy difícil.

Hemos leído un texto de Lucas XI en nuestro libro sagrado donde Jesús acepta la invitación de un fariseo de comer en su casa. En este hecho surgen y Jesús menciona algunas actitudes que reflejan la complejidad de la sociedad y del corazón humano, ese ámbito que llamamos conciencia, donde acontece la tarea de construirnos como seres íntegros abiertos a otros. Sucede que, cuando esa conciencia está dividida y disociada produce injusticia, soberbia y engaño. Una persona, una iglesia o una sociedad que vive en el legalismo, en la convencionalidad, frecuentemente reproduce y refuerza esa lógica. Surgen así, estructuras comunitarias estereotipadas, rígidas y muchas veces injustas que no permiten la aceptación de la diversidad que haga posible la convivencia en paz entre los seres humanos.

En el mundo de Jesús, los fariseos representaban un sector del judaísmo que tenían mucha incidencia en su sociedad, pero se sienten interpelados por el mensaje de este Mesías que conoce en profundidad los anhelos y motivaciones del obrar humano. Se trata de un sector que Jesús confronta por su legalismo, pero está dispuesto a ir a sus casas y comer con ellos dejando siempre abierta la puerta de la misericordia y de la conversión para que sea posible un cambio de vida a nivel personal y social.

Como les decía hace unos minutos, algunos de ustedes que nos han visitado en Barranquilla, nos han compartido el dolor que les produce la actitud legalista de algunos estamentos y líderes políticos de la sociedad estadounidense. En Colombia vivimos y sufrimos también con ese tipo de actitudes y el lema del actual gobierno es paz con legalidad. Nos debatimos entre la legalidad o ilegalidad de la migración venezolana, la ilegalidad o legalidad de quienes han dejado las

armas y ahora luchan por la participación electoral y democrática; la legalidad de la protesta pública. Ustedes aquí se debaten entre la legalidad de la inmigración, la legalidad del comercio exterior y últimamente está debatiendo la legalidad del gobierno. Las preguntas claves que tenemos que responder desde el evangelio son: ¿Qué es lo justo? ¿Qué es lo legal?

Nuestra conciencia se debate: ¿Cómo podemos construirnos como seres íntegros, abiertos a otros que necesitan el abrazo solidario, el pan nuestro de cada día, la esperanza de vivir? Jesús fue enfático, fuerte en su apreciación de las actitudes legalistas y que llamamos farisaicas. Y también, abrió la puerta a la conversión al aceptar la invitación del fariseo, al entrar a su casa, al sentarse a su mesa, y busca llegar a su corazón al invitarlo a transformarse desde adentro, a ser auténtico y veraz.

A través de este hermanamiento entre nuestros Presbiterios debemos desafiarlos a abrir el corazón, los brazos, la casa, la iglesia, los recursos económicos, humanos, institucionales, para que la misión a la cual Cristo nos ha llamado sea afianzada cada vez más como la casa común sagrada, el planeta común sagrado, la sagrada mesa común, el amor sagrado de nuestro Dios común que nos acoge con todas nuestras cualidades y debilidades. Trabajemos de la mano hacia esta espiritualidad de la acogida, de recibieron unos a otros en nuestras casas, de vivir la fraternidad y la alegría de compartir el amor de Dios que nos hace familia sagrada que trabaja para que todos los seres humanos podamos convivir en paz. Que así sea.

Sermón predicado en octubre 15 de 2019 en la Asamblea del Presbiterio de Seattle.

Una Comunidad Integradora

Rev. Vilma Yáñez O.

Pastora de la Iglesia Presbiteriana de Colombia en el Presbiterio de la Costa y Capellana Colegio del Americano de Barranquilla.

Acercándome un poco a la pedagogía de Jesús que partía de situaciones cotidianas para enseñanza a sus seguidores, les comparto una experiencia que sistematicé en medio de la cuarentena que nos ubicó de manera forzosa en nuestras casas y en medio de esta, hemos aprendido a darle valor cosas que por los “afanes” en los que esta sociedad nos pone, habíamos delegado mucha responsabilidad de la casa en otras personas. En ese sentido, muchos ajustes tuvimos que hacer en nuestras casas, asumimos esas responsabilidades que normalmente no veníamos haciendo, sé que muchas personas tienen un sin número de experiencias con grandes enseñanzas parecidas a esta que quiero contarles.

La persona que nos organizaba el jardín, esa persona que tiene unas manos mágicas para limpiarlo, para sacar la maleza y ponerlo más bonito; por obvias razones, no pudo llegar a hacer ese trabajo, así que, los de la casa asumimos la responsabilidad de limpiarlo y cuidarlo.

Una mañana mientras me disponía a limpiar el jardín para sacar la maleza que iba creciendo, esa que nace y crece espontáneamente solo por la gracia de Dios, descubrí una planta muy larga que sobresalía a las demás plantas; lo primero que pensé fue quitarla de allí, pero el lugar donde había crecido me imposibilitaba entrar para arrancarla, estaba rodeada de plantas de espinas y mis brazos no alcanzaban a llegar por encima de las espinas, así que un poco frustrada, aplacé esta tarea para otro momento.

La siguiente semana, esta plantita que aún había crecido más, me sorprendió con unas hermosas flores blancas que hicieron un hermoso contraste con sus espigadas hojas verdes, el color naranja de la pared que la protegía y las plantas de espinas que la rodeaban. Cuando la vi, la admiré y me dije; si la hubiese arrancado me hubiera perdido de esta belleza que hoy adorna mi jardín. No sé en qué momento los seres humanos comenzamos a seleccionar y discriminar una planta

de otra; entiendo que para analizarlas y estudiarlas se clasifican, pero, esto no da razón para no valorarlas, todas ellas tienen su belleza. Con mis ojos y pensamiento de fe, pensé; así es Dios, definitivamente, él nos sorprende desde cosas pequeñas como estas y de manera nunca imaginada.

En diferentes momentos que he contemplado esta plantita, han llegado a mi mente diferentes reflexiones; he pensado que así es la comunidad de Dios, como un jardín integrador donde crecen muchas plantas y brotan muchas flores, cada planta son personas importantes para Dios, tienen su valor y tienen su propósito al ser parte de la comunidad. Pero muchas veces, entre nosotros mismos nos atribuimos el derecho a estratificar, de poner criterios para, de decir este sí, aquel no. Nos cuesta entender que somos una comunidad diversa y que cada participante de esa comunidad, Dios le ha capacitado con muchos dones, con talentos, con múltiples inteligencias y cada uno va aportando de acuerdo con esos dones, así entendemos lo que dice el apóstol Pablo en Corintios:

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho (I Cor. 12 4-ss).

Pero no solo eso, sino que también Dios nos permite desarrollar esos dones, desarrollar habilidades para mejorar nuestros aportes como lo dice el texto de (Hebreos 13:21); “Que él los capacite con todo lo que necesiten para hacer su voluntad. Que él produzca en ustedes, mediante el poder de Jesucristo, todo lo bueno que a él le agrada...”

Esta pandemia, que no ha tenido en cuenta estrato social, sexo, color, pensamiento político, corriente filosófica, etc, nos ha puesto a pensar y a soñar con cambios; cambios sociales, cambios estructurales, cambios económicos, cambios ambientales y una de las cosas que debemos cambiar es nuestro pensamiento. Si, nuestro pensamiento tiene que cambiar si queremos hacer ajustes en medio de esta coyuntura que nos ayude para ser una sociedad o comunidad humana más armoniosa. Nos da mucha tristeza que en medio de la crisis aparezcan los insensibles que se aprovechan de la situación para sacar la mejor